

NOCHES DE



SING SING

EGUÍA

NOCHES DE SING - SING...
HARRY STEPHEN KEELER

Traducción del I. E. R.

Título original: *Sing - Sing Nights*

Editorial Reus desea agradecer a Alberto “Sobórnez” Oyarbide la colaboración prestada en la edición de esta obra.

© Editorial Reus, S. A.

Preciados, 23 - 28013 Madrid

Tfno: (34) 91 521 36 19 - (34) 91 522 30 54

Fax: (34) 91 531 24 08

E-mail: reus@editorialreus.es

<http://www.editorialreus.es>

7.^a edición 2010

ISBN: 978-84-290-1426-6

Depósito Legal. Z. 3976-10

Impreso en España

Printed in Spain

Imprime: Talleres Editoriales Cometa, S. A.

Ctra. Castellón, Km. 3,400 – 50013 Zaragoza

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

NOCHES DE SING - SING...

Harry Stephen Keeler

A Hazel Goodwin Keeler

A MODO DE PRESENTACIÓN

Quizás resulte pretencioso por mi parte esperar una cierta perplejidad del lector al comprobar el nombre del autor de estas breves líneas. Perplejidad que, en su caso, vendría producida por mi condición de codirector de una Colección de **Clásicos del Pensamiento Jurídico** en esta misma Editorial REUS. «¿Pero qué hace éste escribiendo la presentación de una novela policíaca?», sería su expresión aproximada. Aunque si bien es pretencioso, como he advertido, que el autor sea mínimamente conocido como jurista, no lo es tanto que esta novela se edite en las prensas de REUS, ésta sí, una editorial acendradamente jurídica.

Sin duda, mi calidad de codirector de colección constituye una justificación formalista y pobre; desde este ángulo, efectivamente, las presentes líneas podrían haberse encargado a cualquiera que tuviera cualquier clase de relación, por pequeña que fuese, con la Editorial, desde el empleado más modesto, hasta el autor más prestigioso. Hay, sin embargo, una respuesta aceptablemente satisfactoria a esta cuestión: para dejar las cosas en sus justos términos es necesario subrayar dos órdenes de consideraciones, uno relativo a la propia Editorial, y el otro relativo al autor y obra que se presenta.

Por lo que se refiere al primer punto, mi vinculación con la Editorial REUS me ha permitido un conocimiento de primera mano del excelente fondo editorial con que cuenta. Si bien el grueso del mismo está constituido por obras jurídicas que abarcan importantes períodos de nuestro Derecho, situadas tanto en los años anteriores como posteriores a la guerra civil, y con contenidos y problemáticas relevantes en todos los campos jurídicos (por cierto, un campo en constante ampliación, que cuenta en la actualidad con significativas aportaciones doctrinales), si bien este fondo es el más importante y singular, como digo, la Editorial cuenta también, en su fondo clásico, con textos no jurídicos, que comprenden, tanto ensayos de filosofía y pensamiento, como históricos y, para lo que ahora interesa, de narrativa general.

En este último apartado se inscribe, precisamente, la obra de Harry Stephen Keeler, más específicamente, en el apartado de novela policial. En su excelente ensayo **El simple arte de matar**, Raymond J. Chandler aborda, desde el interior del propio género, el estudio de esta clase de narraciones, cuyo origen

se encuentra en buena medida en el folletín y la novela por entregas de finales del XIX, que en los años previos a la Segunda Guerra Mundial habían despertado un interés inusitado y que hoy se han consolidado plenamente. Ahora bien, Chandler traza una radical distinción, dentro de la novela detectivesca, entre lo que viene a llamar narración de misterio y de enigma, por un lado, y la que identifica como narración directa y realista, por otro, que constituye lo que se suele denominar «novela negra», en la que se inscribe justamente su propia obra. En el primer caso predomina la lógica, la deducción, el planteamiento cerebral y la resolución inesperada. Sus protagonistas son detectives de extraordinaria inteligencia no exenta de cierta extravagancia. En el segundo predomina la acción, ocasionalmente el engaño y la falsa apariencia, siendo sus protagonistas detectives «duros», escépticos, frecuentemente fracasados sentimental o incluso laboralmente, aunque dotados de contenidos éticos un tanto insólitos para los ambientes en que se mueven.

No obstante, Chandler no se refiere en ningún momento a un subgénero o temática más concreta que vendría caracterizada por lo que llamaríamos novela policíaco-jurídica, en la que el contexto estaría determinado, fundamentalmente, por el proceso judicial, en alguna de sus partes, bien la que se refiere a las pruebas, a las decisiones de un jurado, a delitos societarios o mercantiles con complejas tramas de corrupción, etc. A pesar de ello, es una narrativa que cuenta con destacados ejemplos, desde la inolvidable **Testigo de cargo** de Agatha Christie, hasta **Veredicto de doce**, de Raymond Postgate, pasando por la espléndida colección de Erle Satanley Gardner protagonizada por el abogado **Perry Mason**, y que en este momento conoce sofisticadas aportaciones, por ejemplo, de Grisham.

En lo que se refiere a Keeler en concreto, podría pensarse que pertenece a este grupo de escritores jurídico-policíacos, y que ello es lo que explica que una editorial eminentemente (aunque no exclusivamente, como se ha indicado ya) jurídica haya procedido a recoger desde la década de los años cuarenta del pasado siglo su obra completa, esmerándose en la edición, tanto con cuidadosas impresiones como con sólidas encuadernaciones. Y lo que es más, procediendo a su reedición, al menos, de algunos de sus títulos más señalados.

Pero nada más alejado de la realidad: en el sentido que ahora se considera, (naturalmente, ya que, en líneas generales hay una vinculación inevitable entre lo policíaco y el Derecho) los textos de Keeler no contienen apenas aspectos jurídicos.

Hay, eso sí, un cierto gusto, detectable en general entre juristas españoles de cierta edad, por la obra de Keeler, gusto e interés que se extiende hasta los

años sesenta y setenta, en los que deja de editarse y reeditarse. Curiosamente, y por una razón que se me escapa, he comprobado (con todas las cautelas de que este tipo de afirmaciones debe rodearse) una mayor atracción ejercida por el escritor entre notarios que, como tal vez cabría esperar, entre penalistas; al menos, mis primeras noticias de Keeler provinieron de varios notarios que me hablaron de su obra en mi juventud.

Al margen de estas curiosidades personales, puede decirse que, definitivamente, no es posible encontrar conexiones propiamente jurídicas que justifiquen la publicación por una Editorial como REUS de la obra de Keeler, que era una de las cuestiones que inicialmente se habían suscitado. En realidad, su obra es una combinación de los dos elementos que Chandler presentaba separadamente, es decir, una mezcla de acción, pero nunca con el nivel a veces brutal de alguna novela negra (esto es más bien en la versión francesa y no norteamericana de dicha concepción) y misterio, en un desarrollo plagado de sorprendentes y aparentemente inexplicables acontecimientos. En especial, cultivó las tramas complejas y al mismo tiempo de una sencillez lineal, enigmas protagonizados por los más diversos personajes, en unos Estados Unidos a punto de salir de la depresión y entrar en la guerra.

Su capacidad para hacer converger factores tan diferentes en un punto susceptible de explicación y coordinación racional es lo que ha hecho de Harry Stephen Keeler un autor tan singular y prácticamente único en el género policíaco. En este sentido, puede ser oportuno recordar que en las caricaturas de la época, alguna de ellas recogida en los títulos de la Editorial, se le representa como un actor de marionetas, calzando guantes de los que penden hilos que se unen a personajes que son hábilmente movidos y opuestos entre sí. En este sentido, Keeler no es un escritor de un solo protagonista; carece de un detective que se repita en todas o la mayoría de sus obras. Por el contrario, raramente sus personajes son policías o detectives; suele ser gente corriente, como modestos periodistas de provincias, empleados de oficinas de patentes, ocasionalmente condenados... Es cierto que se repite en él la figura de la joven agraciada en apuros, aunque sin connotaciones «machistas», pues son figuras de gran decisión y capacidad, constituyendo, más bien un tributo a esos orígenes folletinescos del género y, en especial, parte de la deuda que tiene contraída con el mítico Edgar Wallace.

Por estos motivos, independientemente de la vaga atención que en algunos juristas pueda haber despertado, el acierto de la vieja Editorial REUS consiste precisamente en haber apostado en unos momentos tan difíciles como los de nuestra inmediata postguerra por un maestro que termina por trascender la propia novela policíaca, convirtiéndose por todas estas

circunstancias, en un autor de gran público, esto es, de todos los públicos. Y naturalmente, el acierto reciente de la Editorial es el de proceder a su nueva publicación.

REUS publicó, en efecto, como primera novela de la serie, **Noches de Sing Sing**, en 1941, año de particular importancia. A este título siguieron otros, hasta un total de sesenta y seis, siendo el último que vio la luz la tercera edición de **Las gafas del señor Cagliostro**, que data de 1968, con una frecuencia de unos dos o tres títulos anuales. La última obra que es posible contabilizar, **The Face of the Man of Saturn**, fue traducida y editada en otras prensas distintas de REUS en 1.984. Muy pocos escritores del género han superado este número de obras y esta fertilidad de ideas, tal vez solo comparable a la de John Dickson Carr.

Noches de Sing Sing, primer título de los editados y primero de los reeditados que se vuelve a ofrecer ahora, es probablemente uno de sus trabajos más acabados. Se inscribe en lo que podríamos llamar una temática característica de Keeler, aunque no extraordinaria dentro del panorama general de la literatura. Se trata de una coincidencia del motivo «noche» con el motivo consistente en la determinación de un «espacio» concreto, cerrado, algo claustrofóbico (que puede ser un palacio o una cárcel), en el que se desarrolla la «acción», si puede hablarse de tal, pues ésta consiste en la narración de ciertas historias que relatan sus habitantes (condenados, verdugos...), y que pueden versar sobre un mismo objeto, entrar en contradicción o ser diferentes entre sí. En el conjunto de la bibliografía de Keeler es posible encontrar otros trabajos que siguen esta misma línea, como **Noches de ladrones**, de 1.942, o **Noches de verdugos**, de 1.952.

El paso del tiempo, el aplazamiento de su final inevitable, representado por el amanecer, mediante una urdimbre de historias sabiamente contadas terminan introduciendo al lector en esa misma noche y en ese mismo espacio. No es una novela para leer únicamente por la noche, pero sí lo es de lectura reposada y apartada, en cierto modo personal. No me queda sino desear que el lector disfrute de la lectura de estas **Noches de Sing Sing**.

JOAQUÍN ALMOGUERA CARRERES
Madrid, Noviembre de 2009

Capítulo Primero

TRES CABALLEROS

En la celda cuadrada y amplia de los condenados a muerte, cuatro hombres de diferentes nacionalidades se encontraron de pronto sumidos en el anonadamiento peculiar de aquellas tristes horas.

Mc Caigh, el americano, paseaba lentamente por la habitación, mientras su mirada se posaba distraída sobre la pesada puerta de roble, con su ventanilla enrejada, o sobre la lámpara que iluminaba la celda y los toscos muebles de reglamento: sillas, una mesa cuadrada, el lecho y una estera.

El inglés Eastwood, el más joven de los cuatro, se hallaba sentado en una de aquellas sillas hechas en el taller de la prisión, y, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente, miraba como fascinado a Shanahan, el guardián pelirrojo, que estaba encargado de vigilarlos durante aquella noche, la última que pasarían sobre la tierra. El rostro delicado del inglés, pálido a causa del largo confinamiento y la ansiedad sufrida durante los interrogatorios, parecía aquella noche más blanco que nunca, a la luz de la lámpara. Pero, a pesar de su palidez, sus facciones eran agradables y en sus ojos brillaba una llama de idealismo.

Krenwicz, el único que entre los tres parecía realmente extranjero, estaba tendido sobre el lecho y fumaba un cigarrillo. Su rostro, delgado y barbudo, tenía una expresión de ruso inteligente y

ascético, y no representaba más de cuarenta y cinco años. Desde el lugar donde descansaba Krenwicz, vestido con el traje azul de presidiario, se podía ver, a través del ventanillo de la puerta, un corredor, y al final de él, una habitación grande, débilmente iluminada por una lamparita verde. En el centro de la habitación se levantaba una plataforma en la que había una silla de aspecto infernal, cubierta de níquel, cobre, cuero y soportes de goma. Pero la vista de aquella silla, que por la mañana iba a servir para acabar con su vida y la de sus compañeros, no consiguió alterar la compostura de aquel hombre anguloso, de facciones esclavas, que sonreía y fumaba tranquilamente, echando, de vez en cuando, la ceniza de su cigarrillo en un recipiente de latón empotrado en el suelo.

Realmente, el que parecía más asustado entre aquellos cuatro hombres era Shanahan, el guardián irlandés de Country Cork. En su rostro carnoso se reflejaban la preocupación y el malestar, y la pesada mole de su cuerpo se revolvía sin cesar en la butaca.

Mc Caigh, el que paseaba por la celda, fue el primero en romper el silencio que había descendido sobre el grupo:

—Bueno, señores —dijo con bastante calma, sonriendo de aquella manera despreocupada que durante el juicio le había valido el sobrenombre de «El Hombre de Hierro», pero que parecía forzada si se la comparaba con la sonrisa espontánea de Krenwicz— nos quedan unas nueve horas de vida. ¿Qué les parece que hagamos en esta gloriosa velada que el Estado de Nueva York ha tenido la amabilidad de permitirnos pasar reunidos?

—Casi todos los que se ven en este trance juegan a las cartas —dijo Shanahan nerviosamente.

Después de una pausa, continuó:

—Ahí, en el cajón de la mesa, hay una baraja.

Se calló, un poco cohibido por la tranquilidad de aquellos tres hombres que le parecían tres caballeros distinguidos, de una esfera social muy superior a la de los que él estaba acostumbrado a tratar.

ÍNDICE

A modo de presentación	9
Capítulo Primero. TRES CABALLEROS	13
LA EXTRAÑA AVENTURA DE LA MARIPOSA GIGANTE.....	25
Capítulo Segundo	
EN EL QUE ENCONTRAMOS AL SEÑOR CHANG.....	27
Capítulo Tercero	
LA SONRISA DE «CARA DE LUNA»	31
Capítulo Cuarto	
WILK CASPERSON, MARIPOSA POR UNA NOCHE.....	38
Capítulo Quinto	
«NO LE CONOZCO, SEÑOR».....	43
Capítulo Sexto	
EL PAYASO ROJO	49
Capítulo Séptimo	
UN MENSAJE DE A. S.....	56
Capítulo Octavo	
UNA CUESTIÓN EMBROLLADA.....	61
Capítulo Noveno	
«BUSCAD A USHI; ÉL SABE...»	67
Capítulo Décimo	
PAGADO.....	72

Capítulo Undécimo	
USHI HABLA.....	78
Capítulo Duodécimo	
CAZA EN LA CIUDAD	84
Capítulo Decimotercero	
SILVESTER, HOMBRE MISTERIOSO.....	90
Capítulo Decimocuarto	
UNA VISITA POR LOS TEJADOS.....	96
Capítulo Decimoquinto	
UNA PROPOSICIÓN EMBARAZOSA.....	101
Capítulo Decimosexto	
DOBLE FAENA.....	106
Capítulo Decimoséptimo	
EN QUE RIÑEN LOS LADRONES.....	112
Capítulo Decimooctavo	
UNAS CUANTAS TEORÍAS	119
Capítulo Decimonoveno	
DESENREDANDO LA MARAÑA.....	124
Capítulo Vigésimo	
¿VERGITILLA U ORALIA?.....	131
Capítulo Vigesimalprimero	
EL HOMBRE DE LA PUERTA.....	138
Capítulo Vigesimalsegundo	
¿quién era el ladrón?	141
Capítulo Vigesimaltercero	
¡Y EL RELOJ DIO LA UNA!	143
LA EXTRAÑA AVENTURA	
DE LAS DOCE MONEDAS DE CONFUCIO.....	147
Capítulo Vigesimalcuarto	
BARTON, REDACTOR DE <i>EL CORREO</i> ,	
ES ENCARGADO DE UNA DIFÍCIL MISIÓN.....	149

Capítulo Vigésimoquinto	
UNA VUELTA POR EL BARRIO DEL NORTE	157
Capítulo Vigésimosexto	
UN HALLAZGO	163
Capítulo Vigésimoséptimo	
VOCES FEMENINAS	167
Capítulo Vigésimooctavo	
A LA TERCERA LLAMADA.....	172
Capítulo Vigésimonoveno	
UNA FLOR QUE SE ABRE	178
Capítulo Trigésimo	
INFORMACIONES SORPRENDENTES	185
Capítulo Trigésimo primero	
UNA BROMA A COSTA DE LI HWEI TSUNG.....	190
Capítulo Trigésimo segundo	
TSUNG HACE UNA VISITA	196
Capítulo Trigésimo tercero	
«SAVEGEAU»	201
Capítulo Trigésimo cuarto	
CRUCE DE ESPADAS	206
Capítulo Trigésimo quinto	
UNA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA.....	212
Capítulo Trigésimo sexto	
EL SABIO CHAN FU HABLA	217
Capítulo Trigésimo séptimo	
CUANDO SONÓ EL TELÉFONO.....	224
Capítulo Trigésimo octavo	
UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL AMOR.....	229
Capítulo Trigésimo noveno	
«NÚMERO EXTRAORDINARIO»	235
Capítulo Cuadragésimo	
CAMBIO DE NOTICIAS	241

Capítulo Cuadragésimo primero	
LAS MONEDAS DE CONFUCIO	245
Capítulo Cuadragésimo segundo	
CUESTIÓN DE VELOCIDAD	250
Capítulo Cuadragésimo tercero	
DOCUMENTO POR DOCUMENTO.....	256
Capítulo Cuadragésimo cuarto	
¡Y EL RELOJ DIO LAS CUATRO!.....	261
LA FALTA DE UN ESLABÓN	269
Capítulo Cuadragésimo quinto	
EN EL QUE EL SEÑOR EUSTAQUIO ANNESLEY HACE UN DESCUBRIMIENTO DESCONCERTANTE	271
Capítulo Cuadragésimo sexto	
CUANDO SE ROMPIÓ EL HILO.....	275
Capítulo Cuadragésimo séptimo	
LA EXPLICACIÓN.....	281
Capítulo Cuadragésimo octavo	
UN ÉXITO CUMBRE.....	287
Capítulo Cuadragésimo noveno	
UNA OFERTA DE TRABAJO	293
Capítulo Quincuagésimo	
UN SER PROSCRITO.....	299
Capítulo Quincuagesimo primero	
UN EXPERIMENTO	305
Capítulo Quincuagésimo segundo	
RUIDO DE PASOS.....	312
Capítulo Quincuagésimo tercero	
LA VOZ EN EL CORREDOR.....	317
Capítulo Quincuagésimo cuarto	
LA LLEGADA DEL ALBA.....	320

